

Abiturprüfung 2013

SPANISCH

– Textteil –

Arbeitszeit: 190 Minuten

Der Prüfling hat **e i n e** Textaufgabe seiner Wahl nach den Arbeitsanweisungen des beiliegenden Aufgabenteils zu bearbeiten.

Textaufgabe I

La amarga partida

60.000 euros. Rocío tiene la cifra grabada a fuego. Es lo que podría haber ahorrado si no se hubiese comprado un piso en Madrid. 60.000 euros que habrían impedido que hoy, 6 de mayo, esta mujer ecuatoriana de 33 años esté volando con las manos vacías a Latacunga, la ciudad de la que partió en 5 2003. “Ay, mi casita, tanto esfuerzo que me costaste”, lloraba abrazada a las paredes de su piso de Usera¹ hace unos días.

La crisis ha sido especialmente virulenta con la población inmigrante, cuya tasa de paro roza el 37% (frente al 24,4% de la media). La caída generalizada de ingresos salta a la vista en los barrios con más población 10 extranjera. Como en las callejuelas tras Cuatro Caminos², donde muchos establecimientos han echado el cierre. “Ya no es como antes”, dice Marciel Herrera, encargada del locutorio con servicio de paquetería *Latin travel*. Calcula que este año las llamadas se han reducido a la mitad. “Solo aumenta el envío de cajas con mudanzas hacia Latinoamérica”, dice. Mariana, de la 15 pastelería dominicana Dedo, calcula que sus ingresos han caído un 45%. “Pero los huevos han subido y la electricidad...”, dice ante una vitrina con tartas rebosantes de merengue.

El desempleo está expulsando a miles de inmigrantes que han visto truncado el sueño español, compuesto del disfrute del estado del bienestar 20 (con la jubilación en cabeza), de un futuro mejor para sus hijos y de la seguridad en la calle. En el caso de Madrid, unos 26.000 inmigrantes abandonaron la región el año pasado, encabezando la marcha ecuatorianos (6.000) y colombianos (2.180). Unos hacen el viaje a la inversa y regresan a sus países. Otros, especialmente los que han obtenido la nacionalidad 25 española, siguen rumbo adelante, a otros países.

Aun así, se van menos personas de las que querrían. Muchos agotan sus ahorros intentando resistir en España. Cuando deciden regresar, no les queda nada y tienen que acudir a los planes de retorno que financian el Gobierno y la UE.

30 Viernes 27 de abril, cinco de la tarde. 32 hombres y nueve mujeres ocupan la planta baja de la sede de Rumiñahui³, en Quintana⁴. Todos están interesados en retornar a su país y quieren informarse de las distintas opciones. Vladimir Paspuel, presidente de la asociación, intenta subirles el ánimo: “¿Se acuerdan de cuando vinimos? Muchos lo hicimos en peores
35 condiciones. La vida no se acaba, hay que ponerle más ganas”. Los presentes asienten, pero se palpa su desazón.

Marina Rodríguez, psicóloga, atiende desde AESCO⁵ a quienes esperan su retorno. Esto es lo que ve en sus consultas: “La gente se vuelve con lo puesto⁶. Tienen una profunda sensación de fracaso personal y culpabilidad.
40 Sienten que no controlan su proyecto de vida y eso les provoca inseguridad y miedo. Tienen baja autoestima y síntomas de estrés, ansiedad y depresión. Llevarse consigo todas sus pertenencias se vuelve fundamental para ellos, pero las compañías aéreas solo aceptan una o dos maletas por pasajero y mandarlas de otra forma cuesta mucho. Eso, que no parece importante, lo es,
45 porque es todo cuanto tienen”.

Reinaldo, de 50 años, espera su billete a Medellín⁷ con las maletas ya hechas. Este hombretón de 1,92 metros —“ya menguando”— regresa sin nada, pero su espíritu positivo puede con todo. Llegó a España en 1994 y se ha ganado la vida de carpintero (un barco hecho con palos de helado adorna
50 su salón). En la última renovación de la residencia⁸ se le pasó el plazo y pasó a ser ilegal. Su idea es abrir en su tierra un hotel rural aprovechando el auge del turismo. La casa ya la tiene, es de la familia, pero necesita un crédito para reformarla. En las maletas que aguardan en una esquina de su piso de Alcalá⁹ no lleva nada personal, solo pañuelos, zapatos y bolsos que espera vender

CONTINÚE EN LA PÁGINA SIGUIENTE

55 una vez en Colombia para poder arrancar su proyecto. Su pareja, que sí tiene trabajo y de momento seguirá en Madrid, suspira: “Te vas a ir con otra”, le pincha. Ella es lo que Reinaldo más echará de menos de España. Y la seguridad. “Aquí se vive tranquilo”.

No todos quienes retornan tienen su futuro tan claro como este
60 colombiano. “Yo les pregunto, ¿cómo visualizas tu llegada?, ¿qué planes tienes?”, explica la psicóloga de AESCO. “Y no lo tienen claro. Ni oscuro”. Las ONG critican que los países latinoamericanos (con mayor flujo de retorno) no ayudan a los retornados a integrarse. “Aunque están creciendo no ponen en
65 marcha medidas de apoyo, les desaprovechan”, se queja Yolanda Villavicencio, de AESCO. “Allí se encuentran con más abandono”.

de: Carmen Pérez-Lanzac, “La amarga partida”, *EL PAÍS*, 5 de mayo de 2012

Anotaciones:

1, 2, 4, 9	Usera / Cuatro Caminos / Quintana / Alcalá	barrios madrileños
3	Rumiñahui	asociación de ecuatorianos
5	AESCO (América-España Solidaridad y Cooperación)	ONG que fomenta la solidaridad y proyectos de cooperación entre Europa y América Latina
6	con lo puesto	<i>aquí:</i> con muy pocas cosas
7	Medellín	ciudad en Colombia
8	renovación de la residencia	prolongación del permiso para quedarse en el país

Textaufgabe II

El paraíso era un autobús

Él trabajó durante toda su vida en una ferretería del centro. A las ocho y media de la mañana llegaba a la parada del autobús y tomaba el primero, que no tardaba más de diez minutos. Ella trabajó también durante toda su vida en una mercería. Solía coger el autobús tres paradas después de la de él y se bajaba una antes. Debían salir a horas diferentes, pues por las tardes nunca coincidían.

Jamás se hablaron. Si había asientos libres, se sentaban de manera que cada uno pudiera ver al otro. Cuando el autobús iba lleno, se ponían en la parte de atrás, contemplando la calle y sintiendo cada uno de ellos la cercana presencia del otro.

Cogían las vacaciones el mismo mes, agosto, de manera que los primeros días de septiembre se miraban con más intensidad que el resto del año. Él solía regresar más moreno que ella, que tenía la piel muy blanca y seguramente algo delicada. Ninguno de ellos llegó a saber jamás cómo era la vida del otro: si estaba casado, si tenía hijos, si era feliz.

A lo largo de todos aquellos años se fueron lanzando mensajes no verbales sobre los que se podía especular ampliamente. Ella, por ejemplo, cogió la costumbre de llevar en el bolso una novela que a veces leía o fingía leer. A él le pareció eso un síntoma de sensibilidad al que respondió comprándose todos los días el periódico. Lo llevaba abierto por las páginas de internacional, como para sugerir que era un hombre informado y preocupado por los problemas del mundo. Si alguna vez, por la razón que fuera, ella faltaba a esa cita no acordada, él perdía el interés por todo y abandonaba el periódico en un asiento del autobús sin haberlo leído.

CONTINÚE EN LA PÁGINA SIGUIENTE

25 Así, durante una temporada en que ella estuvo enferma, él adelgazó varios kilos y descuidó su aseo personal hasta que le llamaron la atención en la ferretería: alguien que trabajaba con el público tenía la obligación de afeitarse a diario.

30 Cuando al fin regresó, los dos parecían unos resucitados: ella, porque había sido operada a vida o muerte de una perforación intestinal de la que no se había quejado para no faltar a la cita; él, porque había enfermado de amor y melancolía. Pero, a los pocos días de volver a verse, ambos ganaron peso y comenzaron a asearse para el otro con el cuidado de antes.

35 Por aquellas fechas, él ascendió a encargado de la ferretería y se compró una agenda. Entonces, se sentaba tan cerca como podía de ella, la abría, y con un bolígrafo hacía complicadas anotaciones que sugerían muchos compromisos. Además, comenzó a llevar corbata, lo que obligó a ella, que siempre había ido muy arreglada, a cuidar más los complementos de sus vestidos. En aquella época ya no eran jóvenes, pero ella comenzó a ponerse
40 unos pendientes muy grandes y algo llamativos que a él le volvían loco de deseo. La pasión, en lugar de disminuir con los años, crecía alimentada por el silencio y la falta de datos que cada uno tenía sobre el otro.

Pasaron otoños, primaveras, inviernos. A veces llovía y el viento aplastaba las gotas de lluvia contra los cristales del autobús, difuminando el
45 paisaje urbano. Entonces, él imaginaba que el autobús era la casa de los dos. Había hecho unas divisiones imaginarias para colocar la cocina, el dormitorio de ellos, el cuarto de baño. E imaginaba una vida feliz: ellos vivían en el autobús, que no paraba de dar vueltas alrededor de la ciudad, y la lluvia o la niebla los protegía de las miradas de los de afuera. No había navidades, ni
50 veranos, ni semanas santas. Todo el tiempo llovía y ellos viajaban solos, eternamente, sin hablarse, sin saber nada de sí mismos. Abrazados.

Así fueron haciéndose mayores, envejeciendo sin dejar de mirarse. Y cuanto más mayores eran, más se amaban; y cuanto más se amaban más dificultades tenían para acercarse el uno al otro.

55 Y un día a él le dijeron que tenía que jubilarse y no lo entendió, pero de todas formas le hicieron los papeles y le rogaron que no volviera por la ferretería. Durante algún tiempo, siguió tomando el autobús a la hora de siempre, hasta que llegó al punto de no poder justificar frente a su mujer esas raras salidas.

60 De todos modos, a los pocos meses también ella se jubiló y el autobús dejó de ser su casa.

Ambos fueron languideciéndose por separado. Él murió a los tres años de jubilarse y ella murió unos meses después. Casualmente fueron enterrados en dos nichos contiguos, donde seguramente cada uno siente la cercanía del
65 otro y sueñan que el paraíso es un autobús sin paradas.

de: Juan José Millás, "El paraíso era un autobús",
http://www.barcelonareview.com/36/s_jjm_2.htm [consultado el 7 de enero de 2013]

CONTINÚE EN LA PÁGINA SIGUIENTE